

Roger Zelazny

# DILVISH

## EL MALDITO



El camino hacia la venganza está plagado de obstáculos  
que solo una criatura del infierno es capaz de superar.

Como todos los jóvenes de buena cuna, entrenados para una vida de canciones y galanterías, Dilvish era impetuoso y no podía sufrir el ver a una damisela en apuros. Por ello, cuando su camino le hizo pasar, una noche aciaga, por aquella cumbre desolada donde una bella joven yacía atada a un altar siniestro a punto de sufrir un trágico destino. Dilvish no pudo sino intervenir. Pero el mago era Jelerak, el poderosos nigromante, y su irritación fue considerable al ver interrumpidas sus delicadas operaciones...

A Joe Sanders

## Contenido

- El camino a Dilfar (*Passage to Dilfar*) [Relato Corto] 1965
- La canción de Thelinde (*Thelinde's Song*) [Relato Corto] 1965
- Las Campanas de Shoredan (*The Bells of Shoredan*) [Relato Corto] 1966
- Un caballero para Merytha (*A Knight for Merytha*) [Relato Corto] 1967
- Los dominios de Aache (*The Places of Aache*) [Relato Corto] 1980
- Una ciudad dividida (*A City Divided*) [Relato Corto] 1982
- La bestia blanca (*The White Beast*) [Relato Corto] 1979
- La Torre de hielo (*Tower of Ice*) [Novela Corta] 1981
- Devil y la bailarina (*Devil and the Dancer*) [Relato] 1982
- Jardín de sangre (*Garden of Blood*) [Relato Corto] 1979
- Dilvish, el maldito (*Dilvish, the Damned*) [Relato] 1982

## «EL CAMINO A DILFAR»

Cuando Dilvish el Maldito abandonó Portaroy intentaron detenerlo en Qaran, en Tugado, en Maestar, en Mycar y en Bildesh. Cinco jinetes lo esperaron a lo largo de la ruta que conducía a Dilar, de tal manera que, cuando cada uno de ellos comenzaba a mostrar signos de flaqueza, era reemplazado de inmediato por otro que iba a lomos de una montura de frescos. No obstante, ninguno de ellos fue capaz de aguantar el ritmo de Black, el caballo de acero del Coronel de Oriente, de quien se decía que había llegado a vender una parte de su alma para poseerlo.

Dilvish había cabalgado durante todo el día y toda la noche para dejar atrás a los ejércitos más avanzados de Lylish, el Coronel de Occidente, pues sus hombres yacían muertos y desangrados sobre las ondulantes llanuras de Portaroy.

Cuando Dilvish se percató de que él era el único que quedaba en pie en el lugar de la masacre, llamó a Black y se subió a aquella montura, que era como una parte más de su propio cuerpo y le ordenó emprender la retirada. Los relucientes cascos de Black le condujeron a través de una línea de lanceros cuyas armas se doblaron como espigas de trigo y cuyas puntas metálicas resonaron con fuerza al chocar contra su piel negra como la noche.

—¡A Dilar! —gritó Dilvish, y Black, tras girar en ángulo recto, lo llevó por la cara de un acantilado a la que solo las cabras podían acceder.

Cuando Dilvish se acercaba a Qaran, Black giró la cabeza y le dijo:

—Gran Coronel de Oriente, han minado el aire y el aire que hay bajo el aire con las estrellas de la muerte.

—¿Crees que podrás pasar junto a ellas? —preguntó Dilvish.

—Si vamos por el camino de postas, puede que lo consiga —respondió.

—Entonces adelante sin más dilación.

Los pequeños ojos plateados que observaban desde algún lugar situado más allá de las profundidades y que contenían motas infernales de polvo de estrellas, parpadearon y brillaron mientras avanzaba.

Abandonaron la carretera.

Y fue en el camino de postas donde el primer jinete les salió al encuentro desde detrás de una gran roca y le ordenó a Dilvish que se detuviese. Iba a lomos de un enorme corcel bayo desprovisto de arreos.

—Frenad vuestras riendas, Coronel de Oriente —le ordenó—. Han matado a vuestros hombres y el camino que tenéis por delante se halla sembrado de muerte y flanqueado por los hombres de Lylish.

Pero Dilvish pasó de largo junto a él sin responderle. El jinete, por su parte, espoleó su caballo y lo siguió.

Se mantuvo tras él durante toda la mañana por el camino de Tugado hasta que su caballo, empapado en sudor, se derrumbó y arrojó al jinete contra las rocas.

Al llegar a Tugado, Dilvish se encontró el camino bloqueado por el jinete del semental color rojo sangre, quien le disparó una flecha con su arco.

Black se irguió sobre sus cuartos traseros y la flecha rebotó contra su pecho. Luego abrió mucho los orificios de su hocico y emitió un sonido como el de un pájaro enorme abalanzándose desde el cielo. El semental rojo abandonó el camino de un salto y escapó campo a través.

Black se precipitó hacia delante. El otro jinete hizo girar su caballo y fue tras él. Persiguió a Dilvish hasta que el sol alcanzó su cénit, pero entonces el caballo rojo se desplomó

en medio de fuertes estertores. Dilvish continuó cabalgando.

En Maestar el sendero se hallaba cortado a la altura del paso de Reshth.

Un muro de troncos ocupaba el estrecho sendero hasta una altura que era dos veces la de un hombre.

—¡Salta! —ordenó Dilvish.

Y Black se elevó de tal manera que su salto fue como un arcoíris negro que, tras pasar por encima del obstáculo, alcanzó el otro lado.

Allí delante, al otro extremo del camino, los esperaba el jinete de la yegua blanca.

Black volvió a relinchar pero la yegua permaneció impasible.

La luz se reflejaba en sus resplandecientes cascos de acero, y su lampiña piel parecía haberse vuelto azul a la cegadora luz del mediodía. No redujo la marcha, y el jinete de la yegua, al ver que estaba hecho por completo de metal, se hizo a un lado y desenvainó la espada.

Dilvish desenfundó su espada de debajo de la capa y paró una estocada que le iba dirigida a la cabeza cuando pasó junto al otro jinete. El caballero emprendió la persecución gritando:

—¡Por mucho que hayáis superado las estrellas de la muerte y superado esta barrera, jamás llegaréis a Dilfar! ¡Frenad las riendas! Cabalgáis a lomos de un espíritu infernal que ha adoptado la forma de un caballo, pero os detendrán en Mycar, en Bildesh... ¡o incluso antes!

Pero el Coronel de Oriente no le hizo el menor caso y Black prosiguió la marcha a grandes y ágiles zancadas.

—¡Montáis un caballo que nunca se cansa —le gritó el caballero—, pero eso no significa que esté a prueba de brujería! ¡Entregadme vuestra espada!

Dilvish se echó a reír y su capa ondeó al viento.

Antes de que el día se convirtiese en noche, la yegua había caído también fulminada y Dilvish se encontraba ya

cerca de Mycar.

Black se detuvo súbitamente al llegar junto al río Kethe. Dilvish tuvo que aferrarse con fuerza al pescuezo del animal para evitar salir despedido.

—¡Han destruido el puente! —gritó Black—. ¡Y yo no sé nadar!

—¿Crees que puedes cruzarlo de un salto?

—No lo sé, mi coronel. Es muy ancho, y si no alcanzo la otra orilla no volveremos a ver la superficie. El Kethe es un río muy profundo.

De repente, unos soldados que habían estado ocultos salieron de entre los árboles. Algunos iban a caballo y otros, que blandían lanzas, a pie.

—¡Inténtalo! —dijo entonces Dilvish.

Black marchó inmediatamente a todo galope, corriendo más rápido de lo que cualquier caballo podía llegar a hacerlo. El mundo entero giró y dio tumbos alrededor de Dilvish mientras este se aferraba a Black con fuerza valiéndose de sus rodillas y sus manos cubiertas de cicatrices. El animal relinchó mientras ambos surcaban el aire.

Cuando cayeron sobre la otra orilla, los cascos de Black se hundieron en la roca y Dilvish se tambaleó sobre la silla. Aun así, logró mantenerse en su sitio y Black liberó sus cascos.

Al volver la vista atrás, Dilvish pudo ver que los soldados, petrificados y con los ojos llenos de asombro, los miraban primero a ellos, luego a las aguas del Kethe y luego de nuevo a ellos.

Cuando reemprendieron la marcha, el jinete del caballo moteado les dio alcance y les dijo:

—Aunque ya hayáis dejado extenuados a tres caballos, os detendremos de aquí a Bildesh. ¡Rendíos!

Pero Dilvish y Black no tardaron en dejarlo muy atrás.

—Todos creen que eres un demonio, mi querido caballo —le dijo a Black.

El caballo se rio por lo bajo.

—Quizá sería mejor si lo fuese.

Y cabalgaron hasta que se puso el sol y el caballo moteado acabó desplomándose. El jinete maldijo a Dilvish y a Black, pero ellos continuaron cabalgando.

Los árboles empezaron a caer sobre ellos en Bildesh.

—¡Trampas! —gritó Dilvish, si bien Black, que ya estaba en guardia, se dedicaba a esquivarlos y a pasar entre ellos. Se detuvo y se encabritó. Dio un brinco sosteniéndose sobre sus cuartos traseros y saltó por encima de un tronco caído. Se detuvo de nuevo y saltó una vez más. Luego, cuando dos nuevos troncos cayeron al mismo tiempo desde distintos lados del camino, saltó hacia delante, después hacia atrás y luego hacia delante otra vez hasta pasar por encima de ambos.

A continuación, mientras franqueaba dos profundas fosas, una lluvia de flechas se estrelló contra sus costados. Una de ellas hirió a Dilvish en el muslo.

Entonces, el quinto jinete se abalanzó sobre ellos. Su caballo, llamado Sunset, era del color del oro recién acuñado, mientras que el jinete era un joven ágil y liviano, escogido así para mantener la persecución hasta donde fuese necesario. Le arrojó a Dilvish una lanza de aspecto letal que se hizo añicos contra el lomo de Black sin que este llegase siquiera a inmutarse. Luego echó a correr a toda velocidad en pos de Dilvish mientras le gritaba:

—¡Hace tiempo que admiro a Dilvish, Coronel de Oriente, así que no deseo verlo muerto! ¡Rendíos a mis pies! Seréis tratado con todos los honores que se merece alguien de vuestro rango.

Dilvish rompió a reír y respondió:

—De ninguna manera, muchacho. Prefiero morir antes que entregarme a Lylish. ¡Adelante, Black!

Y Black redobló el paso, con lo que el muchacho, inclinándose sobre el pescuezo de Sunset, emprendió la persecución. Llevaba una espada al costado, pero no tuvo ocasión de usarla porque, aunque Sunset aguantó galopando

toda la noche durante más tiempo y distancia que cualquiera de sus antecesores, al final acabó también desplomándose cuando el cielo comenzaba a palidecer por el éste.

Mientras permanecía allí tumbado, pugnando por levantarse, el joven gritó:

—¡Aunque hayáis escapado de mí, caeréis a manos de Lance!

Así que, por fin, Dilvish, llamado el Maldito, se encontró cabalgando a solas por las colinas que guardaban Dilfar llevando su mensaje para dicha ciudad. Y aunque montaba un caballo de acero llamado Black, temía encontrarse con Lance, el de la Armadura Invencible, antes de poder entregar el mensaje.

Cuando comenzó a descender el último tramo del camino, un hombre provisto de armadura que cabalgaba a lomos de un caballo cubierto también de armadura intentó detenerlo nuevamente. El hombre bloqueaba el camino por completo y, aunque llevaba visera, Dilvish supo, a juzgar por su vestimenta, que aquel era Lance, la mano derecha del Coronel de Occidente.

—¡Deteneos, Dilvish! —gritó—. ¡No podréis vencerme! Lance parecía una estatua.

Dilvish detuvo a Black y esperó.

—Os conmino a que os rindáis inmediatamente.

—No —repuso Dilvish.

—En ese caso no tendré más remedio que mataros.

Dilvish desenvainó su espada.

El otro se echó a reír.

—¿Acaso no sabéis que mi armadura es indestructible?

—No —contestó Dilvish.

—De acuerdo, entonces —contestó soltando algo parecido a una risa—. Estamos solos aquí, tenéis mi palabra. Desmontad y yo haré lo mismo. Cuando os percatéis de lo inútil que resulta vuestro intento podréis salvar la vida. Seréis mi prisionero.

Los dos desmontaron.

—Estáis herido —dijo Lance.

Sin pronunciar respuesta, Dilvish le lanzó varias estocadas a la altura del cuello con la intención de desgarrarle la cota de malla. Pero esta no solo resistió, sino que ni siquiera sufrió el más mínimo rasguño que pudiese delatar el poderoso golpe que hubiese decapitado a cualquier otro.

—Como habréis podido comprobar, mi armadura es indestructible. Fue forjada por las mismísimas Salamandras y sumergida en la sangre de diez vírgenes...

Dilvish le lanzó una estocada a la cabeza y, conforme lo hacía, se desplazó lentamente hacia la izquierda, de manera que Lance quedó de espaldas a Black, el caballo de acero.

—¡Ahora, Black! —gritó Dilvish.

Entonces Black se alzó sobre sus patas traseras y se echó hacia delante, atacando a Lance con sus cascos.

El caballero llamado Lance se giró rápidamente y los cascos le golpearon en el pecho, haciéndole caer.

Dos relucientes marcas de cascos habían quedado grabadas sobre su peto.

—Teníais razón —le dijo Dilvish—. Es indestructible.

Lance soltó un gemido.

—Y pensar que podría mataros aquí mismo ensartando la hoja de mi espada en la ranura de vuestra visera. Pero no lo haré, pues no os he vencido de manera justa. Cuando os recuperéis decidle a Lylish que Difar estará preparada para su llegada, por lo que será mejor que retroceda.

—Cuando conquistemos la ciudad tendré preparado un saco para guardar en él vuestra cabeza —repuso Lance.

—Os mataré en la llanura que se extiende ante la ciudad —le dijo Dilvish.

Dicho esto, volvió a montar sobre Black y se alejó por el camino dejando al otro allí tumbado sobre el suelo.

Y mientras galopaban, Black le dijo:

—Cuando volváis a enfrentaros golpeadle sobre las marcas que han dejado mis cascos. En ese punto la arma-

dura se quebrará.

Cuando entró en la ciudad, Dilvish recorrió las calles que conducían al palacio sin dirigirles ni una sola palabra a cuantos le salían al encuentro.

Una vez dentro del palacio, se anunció a sí mismo:

—Soy Dilvish, Coronel de Oriente —dijo—, y estoy aquí para informar de que Portaroy ha caído y se encuentra en poder de Lylish. Los ejércitos del Coronel de Occidente avanzan en esta dirección y se encontrarán aquí en un plazo de dos días. ¡Daos prisa y armaos! Dilfar no debe caer.

—¡Que suenen las trompetas —ordenó el rey levantándose del trono—, y reunid a los guerreros! Debemos prepararnos para la batalla.

Mientras las trompetas resonaban, Dilvish probó una copa del magnífico vino tinto de Dilfar. Y conforme le iban llevando raciones de carne y pan tierno, recordó la fuerza y resistencia de la armadura de Lance. Supo entonces que tarde o temprano tendría que volver a poner a prueba su indestructibilidad.

## «LA CANCIÓN DE THELINDE»

**A**l atardecer, al otro lado de la colina y bajo una luna enorme y dorada, Thelinde cantaba. En el inmenso salón embrujado de Caer Devash, rodeado de pinos y cuya imagen se reflejaba al pie de los acantilados sobre las plateadas aguas del río Denesh, Mildin alcanzó a oír la voz de su hija y la letra de su canción:

*Los caballeros de Westrim son fuertes, los caballeros de Westrim son valientes, pero cuando Dilvish el Maldito regresó les heló la sangre en las venas. Cuando lo persiguieron desde Portaroy hasta Dilfar en el este cabalgaba sobre una criatura salida del infierno: una bestia negra hecha de acero. No podían herir ni doblegar su montura —el caballo al que los hombres llaman Black—, y es que el coronel se hizo sabio gracias a la maldición de Jelerak.*

Mildin se estremeció y fue en busca de su reluciente capa mágica, pues era ni más ni menos que la Señora del Aquelarre, y, tras echársela sobre los hombros y abrochársela a la altura del cuello con la humeante Piedra lunar, se convirtió en un pájaro de color gris que salió volando por la ventana y pasó por encima del Denesh.

Cruzó la colina donde Thelinde se hallaba de pie mirando fijamente hacia el sur y, tras posarse sobre una de las ramas más bajas de un árbol cercano, dijo:

—Hija mía, deja ya de cantar.

—¡Madre! ¿Qué ocurre? —preguntó Thelinde—. ¿Por qué os habéis transformado en pájaro?

Sus ojos eran profundos, pues obedecían a los cambios de la luna, y en su cabello refulgía el fuego plateado propio de las brujas del norte. Tenía diecisiete años, era de grácil figura, y le maravillaba cantar.

—En tu canción has pronunciado un nombre que no se debe mencionar ni siquiera en la seguridad de nuestra fortaleza —le dijo Mildin—. ¿Dónde has aprendido esa canción?

—Me la enseñó una criatura de la cueva —le contestó—, allí donde el río Midnight forma una laguna antes de esconderse bajo tierra.

—¿Y qué criatura era esa que habitaba la cueva?

—Ya se ha ido —respondió Thelinde—. Era un viajero de piel oscura, del tipo de las ranas, según creo, que se encontraba descansando allí en su camino al Consejo de las Bestias.

—¿Te explicó el significado de esa canción? —preguntó Mildin.

—No. Solo me dijo que era nueva y que hablaba de las guerras que tienen lugar en el sur y en el éste.

—Eso es cierto —dijo Mildin—, y mientras la rana no tiene miedo a croarlo porque es una criatura oscura y su canto carece de importancia para los poderosos, tú, Thelinde, debes tener más cuidado. A no ser que sean especialmente temerarios, todos aquellos que tienen poder temen pronunciar ese nombre que empieza por jota.

—Y eso, ¿a qué se debe?

El pájaro gris revoloteó hasta posarse sobre el suelo. Un instante más tarde la madre de Thelinde estaba allí, a su lado, alta y pálida bajo la luna. Llevaba el pelo recogido y enroscado en forma de corona de aquelarre, tal y como le correspondía a causa de su cargo.

—Déjame envolverte con mi capa y viajemos hasta el estanque de la Diosa mientras los rayos de la luna rozan to-

davía su superficie —le dijo Mildin—. De esa manera podrás ver algo de cuanto acabas de cantar.

Descendieron por la colina hasta el lugar en el que el riachuelo, que solía nacer en lo alto de la colina durante la primavera, discurría mansamente hasta el estanque. Mildin se arrodilló a su lado en silencio e, inclinándose hacia delante, respiró profundamente sobre la superficie del agua. Entonces llamó a Thelinde a su lado y las dos miraron hacia abajo.

—Fíjate en la imagen de la luna reflejada en el agua —le dijo—. Observa con atención. Escucha...

—Hace mucho tiempo —comenzó a relatar—, antes incluso de cuanto alcanzamos a recordar, había una Casa que fue excluida del señorío de Oriente porque varias generaciones se habían mezclado en matrimonio con la raza de los elfos. Los elfos eran altos y apuestos, rápidos de pensamiento y de acción y, aunque su raza es mucho más antigua que la de los hombres, estos no suelen admitir la nobleza de los elfos. Una pena... El último miembro de esta Casa, despojado de sus tierras y títulos, probó suerte en toda clase de oficios, desde aquellos relacionados con el mar hasta los que suelen desempeñarse en las montañas, hasta que finalmente se hizo soldado y participó en las primeras guerras con Occidente, hace ya unos cuantos siglos. Destacó con honores en la batalla de Portaroy al liberar a la ciudad de sus enemigos, de ahí que pasara a ser llamado Dilvish el Libertador. ¡Mira! ¡La imagen se va aclarando! Es la llegada de Dilvish a Portaroy...

Y Thelinde miró fijamente el estanque, en cuya superficie acababa de tomar forma una imagen.

Era alto y más oscuro que los elfos, y tenía unos ojos burlones en los que resplandecía el orgullo del triunfo. Iba a lomos de un semental pardo, y su armadura, aunque mellada y arañada, brillaba a la luz del sol de la mañana. Cabalgaba a la cabeza de sus tropas y los habitantes de Portaroy se agolpaban a ambos lados del camino para vitorearle